

LA IDENTIDAD
DEL
CAMALEÓN

Vignera, Gustavo
La identidad del camaleón. - 1ª ed. - Buenos Aires: Léctica Ediciones, 2007.
192 p. ; 20 x 11cm.

ISBN 978-987-21400-9-0

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863

1ª edición, 2007

Impreso en Argentina
Queda hecho el depósito que proviene la ley 11.723

© **Gustavo Vignera**



© **Léctica ediciones**

F. D. Roosevelt 1877 - 4º Piso
Oficina 4 - Horizonte I, Buenos Aires
Tel.: 4780-2514
info@irojo.com.ar
www.irojo.com.ar

Diseño de tapa e interior:

Daniela Rombolá
danielarombola@fibertel.com.ar

La reproducción total o parcial de este libro, en cualquier forma que sea, idéntica o modificada, escrita a máquina, por el sistema "multigraph", mimeógrafo, impreso por fotocopia, fotoduplicación, etc., no autorizada por los editores, viola derechos reservados.

ISBN: 978-987-21400-9-0

GUSTAVO VIGNERA

LA IDENTIDAD
DEL
CAMALEÓN

 **Léctica**
Ediciones



CAPÍTULO 1

A Cristian siempre le pasaba lo mismo cada vez que los aviones entraban en zona de turbulencias: las manos se le ponían rojas, transpiradas, latentes, parecían que le iban a reventar. Ésa era su única forma de exteriorizar el intolerable terror que le producía volar.

Hacía años que usaba lentes permanentes; eran de esos sin marco y con dos alambrecitos de cobre que le permitían sostenerlos en sus orejas. Estaban empañados por el vapor que generaba su organismo a causa de los nervios.

El tiempo lo había convertido en una especie de *nerd* o, dicho a la criolla, una rata de laboratorio. Fregaba y fregaba su dedo pulgar sobre la yema de sus cuatro hermanos más delgados, para poder quitarse ese hormigueo que lo ponía tan nervioso. Después del once de septiembre, todo había ido para atrás. Su miedo linealmente inconsciente se había convertido en un pánico exponencial incontrolable. Sólo le quedaba rezar a todos los santos y a los fieles difuntos para no tener que llegar a pedirle un somnífero intramuscular a la azafata que seguía con su sonrisa inalterable como propaganda de dentífrico.

De pronto, el sonido de la campanita que anunciaba que había que mantener los cinturones de seguridad colocados precedió a la voz del comandante que, con su inglés de academia, y en medio de un molesto ruido de fritanga, anunciaba que estaban pasando por una zona inestable y que el bamboleo iba a durar aproximadamente unos quince minutos más.

Había que respirar hondo, soportar y seguir rezando. No cabía otra.

Cristian miró el reloj que le había regalado su padre cuando se recibió de Licenciado en Física. Quería ir llevando la cuenta de todo el mal momento que debería apechugar con la mejor cara de *lord* inglés. Fue inevitable recordar su dolorosa muerte a la distancia, y su tremendo anuncio cuando lo fueron a buscar a la clase de Procesos Marcovianos que estaba dictando en el Massachussets

Institute of Technology. Ésa era su forma de solventar en parte los gastos que el doctorado le estaba produciendo a su familia.

“Ahora estoy volviendo otra vez. Es tremendo como ese día. ¡Cómo me hubiese gustado haber estado más tiempo con papá o, al menos, haber venido para Navidad, que a él tanto le gustaba! Y todo por mi tremendo cagazo a volar. Ahora estoy volviendo después de tres años y me siento raro, casi culpable”, pensaba en silencio mientras acariciaba el pelo rubio de Romina, su pequeña hija, que jugaba con su muñeca Barbie.

Mary, su esposa, una ciudadana estadounidense nacida en Boston e hija de cubanos, estaba en el asiento contiguo. Leía la revista *Hola*, que estaba en el bolsillo del asiento de adelante, sin darse por enterada de los movimientos bruscos que hacía el avión a intervalos regulares de diez segundos, como lo había determinado su sistema automático para transformar las cosas simples de la vida en expresiones matemáticas que representaran su comportamiento.

“¡Qué macana que nunca la pudo ver, es tan linda la mocosa! Tiene los mismos ojos del viejo. ¡Con lo que le hubiese gustado jugar con su nieta, tenerla en sus brazos y cumplirle todos sus caprichos!”, pensaba el joven, mientras la nena lo reclamaba insistentemente y él no dejaba de mirar para adelante como si lo hubiesen estaqueado con una lanza desde el huesito dulce atravesando las vértebras y sacando la punta afilada por la coronilla, que se advertía sobre una incipiente pelada.

—*Play with me daddy*—expresó la niña con su dulce vocecita, mientras le daba mazazos en la cabeza a Cristian con el muñeco Ken, el novio de la Barbie.

Respiraba aceleradamente como si se quisiera tomar todo el aire que había en la aeronave. Era un calco de su padre. A él también se le ponían rojas las manos y le transpiraban cada vez que se encontraba en un lugar cerrado. Era claustrofóbico. Eso decía, pero la verdad es que estaba demasiado aferrado a la vida, le gustaba vivir. Claudio, el papá de Cristian, era un tipo ejemplar, querido por todos, gerente de una de las más importantes compañías de hardware del mundo. Había sido uno de los legendarios iniciadores de la gran carrera por la sistematización del planeta; ésa era su tarjeta de presentación y estaba muy orgulloso de ello. Todo ese mundo, Cristian lo había mamado de chiquito. Su padre rara vez lo había llevado al circo o al zoológico. A él lo llevaban a las mega muestras de computación; y todo aquello, para él eran sus juguetes: los teclados, los mouse, los monitores, los modem, todo eso le fascinaba.

Claudio era un hombre muy joven para la edad que tenía su único hijo. Entre Cristian y Claudio había una increíble simbiosis; eran como la misma persona, o el reflejo de uno en el otro. Todos los hijos son, en cierta medida, la proyección

de sus padres, pero lo que había entre ellos era algo muy especial. Tenían los mismos gustos, los mismos gestos, las mismas ambiciones, las mismas iniciativas, los mismos arranques, las mismas locuras; les gustaba escuchar el mismo tipo de música; gritaban como gemelos esquizofrénicos cada vez que veían a Palermo pifiar un bananazo en medio del área chica en un clásico contra River; comían los mismos gustos de helado y los mismos gustos de pizza, y hasta eran parecidos físicamente. Tenían un sexto sentido en común que sólo Cristian podía explicar. Entre ellos había más que una relación de padre e hijo; ellos eran casi hermanos, ellos eran amigos.

Cristian recordaba con emoción cuando el viejo le había comprado la primera computadora con monitor color que había llegado a la Argentina. Era algo increíble, los pibes del colegio marianista habían ido esa tarde para verla. Estaban fascinados. Su madre les había preparado una merienda especial con chocolatada y masas finas. Todos querían ver los juegos y poder escribir con el aerodinámico teclado, menos Osvaldo Raimundo, el Gordo, que, como siempre, estaba relegado del grupo manducándose una tras otra todas las masitas como si le hubiesen implantado dos brazos mecánicos.

“¿Qué querrá este gordo ahora? Estoy preocupado. Algo anda mal, estoy seguro”, reflexionó Cristian.

Osvaldo no era un chico querido en el colegio, ni por los curas marianistas ni por los profesores ni por los celadores ni por los compañeros ni por nadie. Era algo raro. No era simpático como la mayoría de los gordos. No era querible ni respetado. Tenía algo que producía rechazo para todos, menos para Cristian. Era un gordo feo, grasoso, aceitoso, oloroso, un gordo boludo para algunos, el hijo de la pavota para otros, el chivo expiatorio, el gran bonete, el más roto que descosido, el último orejón del tarro, un *naboleti*, no era nadie.

Cristian, por otro lado, tenía, ya desde esos tiempos, alma de científico loco. Por eso, él también, de alguna manera, era relegado en el colegio marianista. Sólo unos pocos contados con los dedos de una mano eran sus verdaderos amigos. A Cristian siempre lo ponían de suplente en los partidos, y lo peor era que nunca había sentido la sensación de patear una pelota en los cinco años de la secundaria. Eso sí, era muy bueno alentando al equipo. Por eso lo ponían.

A Cristian no lo invitaban a todas las fiestas. No estaba en los grupetes de facheritos ni tampoco en los grupúsculos de los chupamedias de los curas. Él también era uno más del montón. No era nadie. Cristian era flaco, casi escuálido, estaba más cerca de ser el hermano gemelo del esqueleto que estaba en la mapoteca, que de un chico para la propaganda de yogur con nutrientes y

fortificantes. Se le había caído la ficha por el estudio en el último cuatrimestre. Antes era un flaquito que pasaba inadvertido, un fideo fino, una lombriz de tierra deambulando entre los pupitres de madera. Pero, después de haber participado en las olimpiadas de matemática, y gracias a su ventajoso resultado, había logrado ser escolta en los últimos actos del colegio. Solamente por causa de este logro se había ganado la admiración y el respeto de sus compañeros.

Cristian era el único que le hablaba al Gordo Osvaldo. Lo invitaba a su casa, se acordaba de su cumpleaños, lo aconsejaba, lo ayudaba a estudiar matemática, lo respetaba; en definitiva, se preocupaba por él y lo trataba como a una persona. Para Cristian, el Gordo era alguien igual que los demás, pero hasta ahí; no tenían otra cosa en común.

A partir de su exilio voluntario, el Gordo era su única conexión con la secundaria y por consecuencia con sus recuerdos juveniles; siempre lo llamaba reclamándole que volviera, que quería verlo, que lo extrañaba, que necesitaba reencontrarlo y Cristian de una manera u otra lo esquivaba con excusas de todo tipo. “Estoy con mucho trabajo”, “No ando bien con mi pareja”, “El año que viene seguro que me aparezco”, “Tengo tortícolis”, “No consigo pasajes hasta dentro de tres meses”, entre otras miles.

El año anterior, el Gordo lo había llamado por enésima vez para recordarle que en diciembre era la fiesta del décimo aniversario de la graduación del colegio marianista, fecha muy importante como todas las que terminan con cero. Cristian gambeteó como pudo y le prometió que le mandaría unas palabras por e-mail para que las leyera en la cena. Sinceramente quería estar presente, al menos, desde el corazón. Osvaldo Raimundo en ese momento no tenía dirección de e-mail; por eso, Cristian le tuvo que mandar el discurso al Flaco Nogueira, quien era el bocho del aula en todo el sentido de la palabra. Fue ahí cuando Cristian se dio cuenta de que no le había dejado su teléfono a nadie, salvo a sus padres. El Gordo sería la última persona del planeta al que le dejaría su número. No era un tema de desconfianza.

—¿Por qué mi vieja le tuvo que dar mi teléfono a este Gordo?, yo le dije que no quería que lo reparta por ahí —refunfuñó a solas.

El muchacho lo quería muchísimo a Osvaldo, pero estaba convencido de que el Gordo lo estaría molestando, como efectivamente sucedió, todas las noches llamándolo para hacerle cualquier comentario estúpido o para transmitirle todos sus traumas y complejos que, a la larga, lo terminarían bajoneando.

Hacía dos semanas que lo había llamado por septuagésima vez; pero, en esta ocasión, con una voz un tanto distinta, casi distorsionada, un poco mayor. Le había costado muchísimo reconocerlo por teléfono.

–Cris, ¿cómo estás?, ¿estás bien? –le preguntó el Gordo apenas apareció su voz en el teléfono.

–Bien... ¿Pasa algo? –Cristian adivinaba que algo no andaba bien.

–No, en absoluto, todo está bien –le respondió el Gordo, menos creíble que político en campaña.

–¿Sabés una cosa? –acotó Cristian auto contestándose – la semana que viene estoy por Argentina. Al final me hice un tiempo y me decidí. Hace mucho que no veo a mi mamá y estoy muy feliz por haber tomado esa decisión.

–Nooooooo –gritó el Gordo como si hubiese errado un gol, estrellando la pelota contra el travesaño.

–¿Por qué noooo? ¿Qué te pasa loco? Siempre querés que vaya, me decís que me extrañas y no sé cuantas cosas y ahora no querés que vaya. ¿Qué pasa? ¿Le pasa algo a mi vieja? –preguntó indignado Cristian.

–No, no, no es eso. Tu vieja está bien, está perfecta, pero vos no tenés que venir. Es un error –acotó nervioso el Gordo.

–Escuchame, vos estás en pedo, o tomaste alguna de esas sustancias alucinógenas. Cómo me vas a decir que no vuelva a la Argentina y menos que no vuelva a ver a mi vieja. ¿Qué bicho te picó? Yo la semana que viene estoy sí o sí en Buenos Aires –le dijo Cristian que estaba empezando a perder los estribos.

–A ver Cris. Quiero ser te claro. Vos no podés volver a la Argentina nunca más. Yo voy a cuidar de tu vieja. Fueron las últimas palabras del Gordo antes de cortar.

Cristian se había quedado muy angustiado sin poder preguntarle nada más al Gordo, de quien no poseía el número de teléfono como para aclarar las cosas. Pensó en llamar a su madre, pero dedujo que sólo la inquietaría y que esta advertencia eran tonterías que flotaban como burbujas en la imaginación del Gordo. Él había hecho de tripa corazón para tomar coraje y superar su tremendo miedo a volar y de esa forma volver a la bendita Argentina a ver a los suyos. Nada iba hacerlo cambiar de opinión. Ningún vaticinio de un posible fatídico final justificaría cancelar su viaje.

En ese momento recordó la muerte de su padre. Osvaldo estuvo en el entierro ese 2 de junio de 2001. Nunca supo cómo se había enterado, pero el Gordo Osvaldo estaba ahí, presente como un granadero, con su acné más profundo que los cráteres de la Luna.

“No me puedo olvidar del momento en que lo vi con su enorme brazo tatuado apoyado sobre los pequeños hombros de mi vieja, justo cuando bajaba del remís que me traía de Ezeiza. Mary no me había acompañado; el médico le había indicado que, con la panza que tenía, no podía hacer ninguna cosa rara, y menos viajar doce horas hasta el culo del mundo.”

Su madre lloraba desconsoladamente, y él, por poco, casi no llegaba a ver a su viejo. Si bien el vuelo había llegado a tiempo, un piquete lo había tenido demorado sin ninguna razón. Cristian se vio bajándose del remís y suplicándole a varios tipos con pasamontañas y caños de acero en actitud amenazadora.

—¡Flaco, se murió mi viejo, lo están enterrando, *please*, dejame pasar!

Uno de los tipos por poco le partió el cráneo con el movimiento de su empuñadura para indicarle que subiera inmediatamente al auto. El remisero, desencajado, le suplicaba:

—¡Quedate mosca, pibe, o me van a hacer mierda el auto! ¡Estos tipos no tienen piedad!

Cristian se había subido sin pestañear, derechito como si le hubiesen introducido un supositorio texturado sin pedirle permiso. Uno de los tipos con walkie-talkie que daba indicaciones a la multitud y estaba viendo la escena desde el otro lado de la ruta, se acercó al encapuchado. Se dijeron algo al oído e inmediatamente empezaron a gritar a los manifestantes para que le abrieran paso al vehículo. Las mujeres, chicos y hombres con botellas de plástico y tetra-brick se movían lentamente como una pasta aceitosa que se cae de la budinera sobre el horno caliente. Cristian se sintió como si se estuviese abriendo el Mar Rojo por un colosal Moisés moderno que le pedía instrucciones precisas a Dios por el intercomunicador. Él se quedó mirando al grupo que lo había amenazado desde su ventanilla baja; uno de ellos estiró sus dedos índice y pulgar y le apuntó como si tuviese una nueve milímetros en su mano. Cristian había sentido mucho miedo por lo que estaba pasando en el país en ese momento y podía predecir lo que se iba a venir sin equivocarse.

La campanita que indicaba que debían colocarse los cinturones de seguridad sonó nuevamente. Ahora la luz estaba apagada, eso indicaba que la zona de turbulencias había sido superada. Cristian miró su reloj y efectivamente habían transcurrido sólo quince minutos y medio, que, para él, habían sido una eternidad. Se quitó los lentes que estaban mucho más empañados, los secó con la remera que llevaba puesta y miró a Romina. Le acarició el pelo finito y rubio y se quedó mirando sus ojos grises impresionantes. Los miró como si su padre estuviese observando desde el cielo a través de ellos. Sin duda, estaba más cerca.